

Año I

Núm. 8

MARSYAS



Revista musical de la
Sociedad Bach de Chile

OCTUBRE de MCMXXXVII

MARSYAS

Revista mensual publicada por la Sociedad Bach de Chile

Administración: Edificio Díaz, Of. 83 A, Casilla 3490, Teléfono 4790, Santiago

Horas de Oficina: 10 a 12 A. M. y de 4 a 6 P. M.

Director: CARLOS HUMERES SOLAR. Administrador: EDUARDO HUMERES S.

Año I

SANTIAGO, OCTUBRE DE 1927

Núm. 8

Humberto Allende



N un artículo que publiqué anteriormente en esta revista (1), expuse algunas ideas sobre el folklore, y el peligro que envuelve el esclavizarse en los giros populares, que, siendo aquí relativamente escasos, llevaría a los músicos a repetirse constantemente, aun cuando recurrieran a las variantes armónicas y a otros recursos técnicos de interés.

No es este el caso de Humberto Allende. Su arte, lejos de adop-

tar directamente los giros populares, se inspira solamente en su espíritu esencial, en sus aspectos más profundos. De esta manera, ha sabido descubrir un campo enorme, que explota con una técnica acabadísima puesta al servicio de un gran talento y un gusto refinado.

Allende empezó sus estudios en el Conservatorio de Música con el maestro Brescia, y después de terminar el curso completo de Armonía, Contrapunto, Fuga y Composición con otros profesores, obtuvo su diploma en esta asignatura.

Después, no contento aún con este bagaje de conocimientos, siguió perfeccionándose personalmente, con una constancia que en la gran mayoría de nuestros compatriotas falta casi por completo.

Puede decirse que casi no hay tratado de armonía y composición de importancia que no haya estudiado a fondo, y sobre el

(1) Sobre el arte musical chileno. «Marsyas» No. 4.

cual no haya hecho interesantes observaciones, y muchas fundadas críticas, como por ejemplo a D'Indy, en lo que se refiere al análisis de las Sonatas de Beethoven, y a sus juicios respecto a la obra de Grieg. Entre sus obras teóricas figuran también algunos estudios sobre la enseñanza del canto en las escuelas.

Dotado de una gran sensibilidad musical, ha ido poco a poco acentuando su personalidad, especialmente armónica, en cuyo campo a logrado obtener un lenguaje que lo singulariza.

Después de algunos ensayos, obras de conjunto instrumental, de canto, tres Sonatas para piano, en las que no se formula aún su manera, y en las que se nota la influencia de sus estudios clásicos, puede decirse que su obra, la que refleja su propio sentir musical, que ha de evolucionar después hasta constituir su personalidad actual, neta, robusta, comienza desde las «Escenas Campestres», escritas en 1923.

Esta composición para orquesta está dividida en tres partes, y su tematología es, como en casi toda la obra de este compositor, cíclica. Armónicamente, se esboza ya en ella el sistema politónico, que domina en sus demás producciones. Su estilo es de carácter popular, pero nó una transcripción de temas folklóricos, como he dicho anteriormente.

En el primer movimiento, (Andante), predomina la nota colorista, saturada de elementos evocativos campestres. El segundo tiempo, más movido, tiene un brío orquestal extraordinario. El Allegro final, esencialmente rítmico, es de gran originalidad y belleza. El tiempo, que va gradualmente acelerándose, termina bruscamente en un «lento» de extraordinario efecto.

En conjunto, las «Escenas Campestres» es una obra llena de frescura y optimismo, que encierra todo el aroma de nuestros campos. Su orquestación es clara y vibrante.

El «Concierto de Violoncello y Orquesta» es una fusión de estos elementos sonoros resuelta con toda maestría. Sus temas, profundamente emotivos, prestan un sello romántico a toda la obra. Compuesto en 1925, se halla escrito siguiendo un plan cíclico.

La Sonata N.º 4 (1916), es de una gran riqueza de invención. En ella encontramos usada, por primera vez en la obra de este compositor, la tonalidad pentáfona (2.ª idea del primer tiempo).

En 1917 escribe sus «Cinco miniaturas griegas», de una belleza serena y cautivadora, en tonalidades pentáfona, hipodórica, frigia, hipolidia y dórica.

Después de estas obras, hay en la producción de este compositor un silencio de tres años, durante los cuales acumula en su espíritu impresiones e ideas que se manifestaron en 1920 en el magnífico poema sinfónico «La voz de las calles», cuyos motivos están inspirados en los pregones de los vendedores ambulantes. En esta composición, escrita preferentemente en tonalidades griegas (espe-

cialmente frigia y dórica), domina un sentimiento de profunda melancolía, el dolor hondo del cotidiano monótono,

Dos años más tarde (1922) escribe sus doce «Tonadas» en estilo popular chileno, sin duda su mejor obra de piano y la que le ha dado más nombre en el mundo entero.

La forma de todas ellas es idéntica: un primer movimiento lento seguido de otro más rápido, con las características rítmicas de nuestro folklore. La primera idea está generalmente construida en la tonalidad dórica (modo menor inverso de Riemann).

Cada una de estas tonadas realiza una síntesis expresiva de gran belleza, y revelan en su autor un temperamento profundamente emotivo.

Florent Schmitt, el gran compositor francés, sin conocer personalmente a Allende, al leer las «Tonadas» elegantemente impresas por la casa Sénart de París, escribió en la «Revue de France» (1).

«Quelles délices que ces petites pages, quelle sensibilité aigüe et profonde s'y révèle! Sans parler d'Albeniz et de Manuel de Falla, grands musiciens eux aussi, ces danses (Tonadas) laissent loin derrière elles toutes les espagnoleries à la mode. Ce sont de ces musiques qui vous tombent tout d'un coup de je ne sais pas quel empyrée, au moment ou vous y attendez le moins. De cette musique qu'on se joue cinquante fois de suite, jamais rassasié, avec une joie toujours nouvelle, comme jadis les Mazurkas de Chopin auxquelles ces Tonadas font parfois songer par leur atmosphère nostalgique, et pour lesquelles on donnerait sans compter tout ce que soi-même on a écrit ou écrira».

Y como estos elogiosos conceptos se encuentran muchos otros, en revistas de arte, o en comunicaciones personales que han dirigido al autor de las «Tonadas» músicos eminentes del mundo entero.

Mas, donde Allende ha llegado a la cumbre de su maestría, y a la inspiración más honda y noble es en su Cuarteto N.º 1 (1926). Escrito en estilo cíclico, predomina en él el modo mixolidio. La segunda idea es politonal.

Hay en esta obra, que por sí sola bastaría para consagrar a Allende como uno de los más grandes compositores americanos, una soltura admirable en el desarrollo de las ideas, realzadas siempre por una sonoridad refinada y hermosa.

En el mismo año 1926 compuso también varios lieder, y en 1927 los «Seis cantos infantiles», de gran originalidad, y en los cuales también se observa a partir del segundo, el empleo de la politonalidad (2).

Los lieder de Allende tienen el sello armónico caracterís-

(1) Año 1925, No. 4. Pág. 154.

(2) Véase en el No. 2 de «Marsyas» el estudio que dedica a estos «Cantos Infantiles» Domingo Santa Cruz, y al final del presente número, el párrafo en que da cuenta de la publicación de los «lieder».

tico de su autor, y la emoción intensa de un espíritu fino de poeta.

«Mientras baja la nieve» sobre una poesía de Gabriela Mistral, es un trozo espontáneo, iluminado por la encantadora indecisión mayor-menor de la tonalidad frigia; la figuración siempre igual de su acompañamiento contribuye también a formar un ambiente liviano, suspenso: una verdadera transposición musical del texto.

«A las nubes», también sobre palabras de Gabriela Mistral, es un lied encantador, de una gracia natural que fluye de su línea melódica sencilla y amable. «Ave María», para voz de soprano, es un «Adagio» de gran belleza y nobleza expresiva, en que el autor no pudo sustraerse al encanto de imaginar desde el plano místico, que de por sí es noble y presta elevación cuando es bien comprendido.

Los «Cantos Infantiles» presentan un interés extraordinario bajo muchos aspectos musicales. Aun cuando para algunos puedan aparecer poco apropiados a su objeto por lo avanzado de su armonía, a mi juicio estimo que son precisamente por esta causa muy útiles, pues vienen a formar desde la niñez una receptividad armónica más amplia, que será la base de un enriquecimiento espiritual artístico futuro, en que el simplismo del primero, cuarto y quinto grado será solo uno de los aspectos, pero no la exclusiva manera, que solo produce quietismo espiritual si no está en manos de un genio.

«Comadre Rana», entre otros, posee, como ya he dicho antes, un gran interés armónico, de extraordinaria novedad y lógica perfecta en su desenvolvimiento, regido en todo instante por un buen gusto infalible y una maestría segura.

Allende es un trabajador infatigable y un investigador de los secretos del arte. Cada nueva producción nos revela nuevos aspectos de su rica personalidad, que jamás se estaciona en los mismos moldes. Apasionado de la naturaleza y del alma popular, eleva sus cantos con el generoso acervo lírico de su espíritu de verdadero compositor, profundo y noble.

En la construcción de sus obras se advierte una admirable conciencia artística. Cada compás, cada nota tiene en ella su fin de belleza y expresión; jamás se deja impresionar por las ideas fáciles o espontáneas, sin haberlas sometido previamente a un prolijo examen crítico durante el cual elimina todo lo que no es esencialmente necesario. Está, pues, su manera de componer de acuerdo con todo los conceptos modernos, para los cuales la inspiración debe ser controlada y sometida al yugo sabio de la inteligencia, y del uso consciente de todos los elementos técnicos, proceso que en cada compositor es diferente, ya que la selección, hija del sentido crítico de cada cual, es regida por el determinismo de su personalidad total.

A medida que el compositor dispone de una mayor cultura artística y posee una vida interior más intensa, su sensibilidad es-

tará en proporción con el grado de esa intensidad, y toda la mayor o menor altura de sus ideales se reflejará en su producción. Todo esto vale solo para los que escriben con sinceridad, cualquiera que sea su estilo, y no cuenta para los pseudo-compositores que no ponen en su obra nada de sí mismos, sino que adoptan los elementos y las fórmulas, ya sean estas clásicas o ultra modernas.

Para cualquiera que haya estudiado composición o que tenga un espíritu observador y cultivado, le es fácil reconocer lo que hay de verdadero y propio en una obra, aun cuando esta ofrezca semejanzas con las de otro autor. El compositor que tiene algo que decir, por más que se exprese en las fórmulas usadas por otro, logrará revelarse hasta cierto punto, y su producción tendrá interés por el hecho de ese pequeño aporte.

De los incontables autores que diariamente dan a conocer sus composiciones, solo muy pocos resisten a un examen serio; lo que demuestra la enorme dificultad de escribir algo que realmente posea interés.

En Chile el problema es aun más grave, pues falta casi por completo el ambiente vibrante que enciende y estimula; no hay ocasión de oír las buenas obras extranjeras, de otros centros más cultos: falta pues el trampolín mágico para la producción artística de calidad.

Es por esto que el caso de Allende y de unos cuantos otros compositores nuestros es realmente digno de admirarse.

Las «Tonadas» han merecido en Europa los elogios más entusiastas de críticos y compositores distinguidos: ellos han sabido encontrar en esas hermosas composiciones el espíritu original, una manera propia, ese coeficiente tan ambicionado que revela al verdadero autor.

Ultimamente la prensa argentina ha dado cuenta de la acogida magnífica que dispensó a Allende el cultísimo público de la Nación hermana. En ese ambiente refinado por las frecuentes audiciones de música escogida, nuestro compositor ha podido ser apreciado en su verdadero y alto valor.

ALFONSO LENG H.

